

Mateo 1:18-25

Sin ningún miedo a lo desconocido.

El virus COVID-19 fue reportado por primera vez el 7 de enero de 2020, nuestro mundo fue transformado por un enemigo invisible. Nuestras vidas fueron cambiadas por un virus que apenas entendíamos y no podíamos ver. No había una forma clara y definida para curar la enfermedad producida, y muchos la enfrentaron con una sensación de terror y temor. La enfermedad aumentó. Los hospitales se desbordaron. El personal médico se esforzó por resistir una asombrosa carga de atención y servicio. La escasez abundaba. Las muertes aumentaron. El mundo parecía que se acabaría. Pasaron los meses. Pasó un año. ¿Qué vendría después? ¿Alguna vez terminaría, o simplemente esperamos a la siguiente variante? El miedo estuvo presente desde el inicio, miedo a lo desconocido.

Pero esta no fue la primera vez en la historia reciente que un evento tan adverso puso nuestro mundo en conflicto y desesperación.

Muchos años antes, una situación similar, la gripe española, luego tragedias como las guerras, atentados, destrucción de ciudades, etc.

Y recientemente, 24 de febrero de 2022 reinicia la guerra ruso-ucraniana, que había comenzado en el 2014.

Está generando miles de víctimas mortales, así como la mayor crisis de refugiados en el continente desde la Segunda Guerra Mundial, esta situación creo incertidumbre, miedo e inseguridad, así mismo en otros países de Europa.

Incluso, aquí en Suiza muchos se preocuparon, y algunos se prepararon para una crisis mayor, compra de alimentos perecederos, búsqueda de refugios etc.

Miedo a lo desconocido. ¿Cuándo ocurriría el próximo evento?

3.

José vivía con su propio miedo a lo desconocido. En nuestra cultura actual, puede parecer menor, pero para él, el dilema era serio. Estaba comprometido con una joven encantadora llamada María, legalmente comprometida en una unión, pero aún por consumir.

Pasaría aproximadamente un año antes de la celebración final, pero su matrimonio era real. José seguramente soñaba con una vida maravillosa con su nueva esposa y posiblemente incluso una familia numerosa apoyada por un próspero negocio de carpintería.

Pero todos estos sueños parecían seriamente cuestionados cuando María de repente **"fue encontrada embarazada"** (v 18). Ella estaba embarazada y José sabía que él no era el padre. Obviamente, alguien más lo era. Pero ¿qué debería hacer? Un futuro con María estaba ahora lleno de complicaciones sociales. Podía continuar con el matrimonio, pero ya no era tan simple. La ley del Antiguo Testamento exigía que una mujer adúltera fuera apedreada si se confirmaba su culpabilidad (Deuteronomio 22:23-24).

Esto era impensable para la mujer que amaba. Así que no podía ir allí. Una opción dentro de la ley permitía otra solución: **"José, siendo un hombre justo y no dispuesto a avergonzar [a María], resolvió divorciarse de ella en silencio"** (v 19). Un divorcio tranquilo. La vergüenza podría evitarse, así como el castigo por la infidelidad. Él la amaba y no le deseaba nada de estas dificultades.

Mientras José pensaba todo esto, un ángel del Señor se le apareció en un sueño. Un mensajero divino especial del cielo. Y uno necesario también. Porque como revelan las primeras palabras del ángel, la lucha de José implicó algo más que dudas y preocupación: **"José, hijo de David, no temas tomar a María como tu esposa"** (v 20) José estaba luchando con el miedo.

Y era el miedo, a lo desconocido. Miedo a seguir adelante con el matrimonio a pesar de lo desconocido del embarazo de María. Y lo desconocido de las consecuencias de quebrantar la santa ley de Dios.

Si se corriera la voz de que María estaba embarazada antes de la ceremonia y celebración real, toda la comunidad lo sabría. Ella sería marcada como una adúltera. Los amigos y vecinos de José probablemente esperarían, tal vez incluso presionarlo, divorciarse de María y posiblemente incluso llevar a cabo el resto de las disposiciones y castigos de la ley.

¿Y qué hay de su reputación como hombre de negocios responsable de Nazaret? No podía saber cómo se desarrollaría todo esto. Sin duda, incluso tenía preguntas personales más dolorosas que deseaba que pudieran ser respondidas. ¿Por qué lo había hecho? ¿Quién era la persona? ¿Cómo se las arreglaría sola, con un hijo que cuidar y sostener? ¿Alguna vez sería capaz José de confiar en alguien de nuevo?

Una pesada carga de preocupación, cuando podría solo haber estado entusiasmado, feliz con el futuro, planeando y preparando ansiosamente el hogar que él y María podrían haber tenido juntos.

2.

El miedo es un verdadero enemigo de la esperanza. Nos roba la seguridad de que Dios está en control, que Dios tiene un plan, que incluso la oscuridad del presente podría convertirse en la luz de un día mucho mejor. La solución de Dios al temor que solo José, estaba sintiendo, no fue sólo la seguridad de que todas las cosas podrían funcionar al final. Debe haberse sorprendido por la asombrosa promesa que escuchó del ángel: **"José, hijo de David, no temas tomar a María como tu esposa, porque lo que es concebido en ella es del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"** (vv 20-21).

María no sólo estaba embarazada; el niño en su vientre fue concebido por el Espíritu Santo. ¡Dios era su Padre! Y el nombre que se le instruyó para darle a este nuevo niño puede haber parecido ordinario de una manera, era un nombre masculino relativamente común para los hebreos, sin embargo, por otro lado, este nombre era profético de algo increíble y que cambiaba el mundo.

José iba a nombrar a este niño Jesús, que significa "Yahweh salva", porque como el ángel declaró: "Él salvará a su pueblo de sus pecados". Aquí José estaba preocupado por sus circunstancias personales inmediatas, su reputación, el bienestar de María, sus propias preguntas. . . y Dios estaba planeando algo mucho más grandioso. Él estaba planeando liberar a la humanidad del pecado mismo, y por lo tanto de la muerte, incluso del infierno. ¿Qué miedo podría ser peor que el miedo a la muerte misma? Si la esperanza podía sobrevivir a la muerte, podía sobrevivir a cualquier cosa.

E incluso este no fue el final del mensaje del cielo. Había otro nombre. "Todo esto sucedió para cumplir lo que el Señor había dicho por el profeta: **'He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emanuel' (que significa, Dios con nosotros)"** (vv 22-23). Tal como lo había declarado el profeta Isaías.

En la oscuridad del miedo, a menudo nos sentimos solos y aislados, incluso olvidados. Sin embargo, este bebé en el vientre de María sería la presencia muy tangible y visible de Dios entre su pueblo. José no estaba solo en sus preocupaciones. No se le dejó intentar solucionar esta situación solo. Dios estaba con él. Dios lo fortalecería, lo guiaría y lo protegería en cada paso del camino.

A medida que la historia se desarrolla en los Evangelios, sabemos que José enfrentó muchos más desafíos. Viajar con María, en la fecha próxima del nacimiento del bebé, debió de haberle dado cierta preocupación. Luego luchando por encontrar un lugar para quedarse en la concurrida Belén. La noche del parto sin una ayuda "Profesional", sin médico, sin los recursos adecuados. En todo esto, Dios estaba con él. Y eso no sería todo.

Tendría que huir con la madre y el niño a Egipto, ya que un Herodes enfurecido trató de matar al niño para eliminar a un posible contendiente para su propio gobierno frágil. Una vez más, un ángel del cielo,

un mensajero divino, trajo el mensaje oportuno, así como la guía y dirección necesarias (Mt 2:13).

Tanto cambio en la vida de José. Tantas incógnitas para el futuro. ¿Cómo podría albergar alguna esperanza real para el futuro cuando apenas sabía lo que le traería el día? Pero Dios estaba con él.

Y este niño, que supuestamente le estaba creando miedos, sería la verdadera promesa para toda la humanidad: el que por su futura muerte en una cruz sería el libertador del pecado, de la muerte, del mismo poder del mal que animaba a hombres asesinos y peligrosos como Herodes. José lo tenía todo, incluso cuando a veces sentía como si tuviera tan poco o nada.

1.

Al final de la pandemia, nuestro mundo trata de resurgir y encontrar su equilibrio. Todavía lo está intentando. La economía ha sido afectada, la economía tiene en ascenso inflacionario, y la violencia y el terror han seguido filtrándose en muchas ciudades.

Algunos países han sido más afectados que otros. Es difícil no preocuparse por lo que podría traer el mañana. El mundo que nos rodea cambia más rápido de lo que podemos comprender y ajustar. El mundo bajo nuestros pies cambia y se mueve más rápido de lo que nosotros podemos dar un paso. Nos preocupamos por nuestros hijos y su futuro en este mundo desgarrado y corrupto. Nos preocupamos por nuestro propio futuro a medida que envejecemos.

Y luego lo escuchamos de nuevo. El propio mensajero de Dios. Directamente desde la misma sala del trono del cielo mismo. El ángel ahora se dirige a nosotros: Escuchemos:

El hijo de María es "Yahvé salva". Él te liberó de tus pecados y de tu muerte segura. No tienes que temer. Este hijo de María es "Emanuel", Dios con nosotros. Él también está contigo. No tienes que temer. Y así, puedes esperar de nuevo, con mucha esperanza no solo para este momento fugaz, para hoy, sino para mañana, para el próximo año, para toda la eternidad. Su esperanza se basa en la presencia prometida de Dios enviada para salvarnos y estar allí para nosotros.

Como Pablo declara a los romanos (Romanos 8:31-39), nadie puede oponerse a nosotros si Dios está por nosotros. Nadie puede frustrar los planes de Dios. No Herodes. No los peores tiranos de nuestro tiempo. No los terroristas. No cualquier enemigo. Nadie puede presentar cargos contra nosotros. Ni siquiera Satanás, el acusador. Dios nos ha declarado justos con Dios a través de Cristo.

Nadie puede condenarnos, porque Jesús intercede por nosotros a la diestra de Dios. Y nadie puede separarnos del amor de Cristo. No tribulación o angustia o persecución o hambre o desnudez o peligro o espada. Porque en todas estas cosas somos más que vencedores a través de Aquel que nos ama. Nadie puede arrancarnos de la presencia de Dios. Ni la vida, ni la muerte, ni los demonios, ni los gobernantes. No cosas que nos aterrorizan en el momento, o temores de lo que está por venir. Nada en todo el orden creado. Nada. Porque el hijo de María es el libertador del pecado, Emanuel, Dios con nosotros.

Y con eso, tenemos esperanza.

El mensaje de esperanza del ángel a José en medio de su temor nos da esperanza cuando tememos nuestras incertidumbres.

Una esperanza que no puede ser defraudada. Una esperanza basada en la promesa segura de Dios. Una esperanza que sobrevive al tiempo mismo. Una esperanza eterna.

En el nombre de Jesús. Amén